

ESCRITURA Y RECUERDO EN DIÁLOGO CON LA AUSENCIA

Negroni, María. *El corazón del daño*. Buenos Aires, Random House, 2023, 143 pp.



Daniela Rodríguez

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Argentina

laura.rodriguez@uba.ar

*El estilo es así siempre un secreto; pero la vertiente silenciosa de su referencia no
se relaciona con la naturaleza móvil y sin cesar diferida del lenguaje;
su secreto es un recuerdo encerrado en el cuerpo del escritor.*

Roland Barthes

Mirar el pasado es siempre posicionarse en un ahora, recordar desde el punto mismo desde donde se observa. En el libro *El corazón del daño* de la poeta, traductora y escritora argentina María Negroni (1951), ese punto es la escritura. Publicado originalmente en 2021 por el grupo editorial Penguin Random House, *El corazón del daño* ya cuenta con una séptima edición en 2023 y con una adaptación dramática que dio apertura a la temporada teatral del mismo año en España. La puesta en escena de Alejandro Tantanian fue protagonizada por la actriz Marilú Marini. El epígrafe que abre el libro, “Voy a crear lo que me sucedió”, de Clarice Lispector, sugiere una narración que gravita entre la realidad y la ficción. En este “pequeño libro de mi puño y cuerpo” (p. 9), encontraremos espacios en los que el relato del recuerdo se combina con una filosofía del lenguaje y de la escritura que la narradora entreteje usando como hilos la poesía y la prosa.

“Algo así como un compendio abstracto donde yo misma pudiera entrar, lo menos tímida del mundo, a preguntar a nadie qué hacer” (p. 9). Narrar el pasado, cuando es el propio, es desnudarse ante la escritura. Es abrirse para que el ojo del lector ingrese en la intimidad del narrador, y en este caso, de la narradora/personaje: María Negroni. Exponer la intimidad, los secretos

familiares, los miedos y las esperanzas es permitir que la escritura transite y recree la experiencia de la vivencia, del cuerpo y del recuerdo para intentar comunicar, retrospectivamente, las sensaciones de la narradora en diversas etapas a lo largo de su vida, de aquello que queda como conocimiento, pero también, de aquello que prevalece ante la muerte.

La figura materna, Isabel, es la primera destinataria del relato, a quien iremos reconstruyendo desde distintas miradas, y es, además, la eterna interlocutora del monólogo interior que sostiene la narradora. Una conversación sin respuestas, solo las palabras del idiolecto materno que resuenan como ecos en su memoria, términos que como imágenes acústicas traen “la realidad como una huella” (p. 18). La enfermedad que acecha la salud de Isabel es una constante en los primeros recuerdos de la infancia. El asma y la respiración entrecortada de la madre se transponen en la sintaxis de la narración. Frases sueltas, separadas como islas, se persiguen y se enganchan unas con otras entre reflexiones y preguntas tácitas sobre el proceso de la escritura: ¿qué ocurre cuando se escribe?, ¿qué es un libro?, ¿qué es la literatura? Y, sobre todo, ¿cómo narrar la vida?, ¿cómo narrar el dolor?

Negrón no solo dialoga en *El corazón del daño* con su madre, sino que dialoga con una amplia gama de autores consagrados, de los cuales toma sus sentencias y frases para insertarlas en la narración e interpretarlas, y así articular reflexiones y posturas sobre el lenguaje y el proceso de la escritura creativa; desde Proust, Virginia Woolf, Flaubert, Pessoa hasta la filosofía de María Zambrano, entre otros. De esta manera, apelando a la cita de autoridad, Negrón abre las posibilidades de repensar el libro en tanto objeto cultural, y a la literatura, el lenguaje y el proceso de escritura como procesos orgánicos ligados a la vida, al cuerpo y también a la muerte. Desde estos planteamientos, la narradora irá desenhebrando el propio ovillo de la vida, al ir cada vez más hacia atrás, remarcando y comentando en un tono metalingüístico su propia bibliografía. Encontraremos fragmentos de *El viaje de la noche* (1994), *Arte y fuga* (2004) y *Buenos Aires Tour* (2006), que se suman a la amplia gama de citas en este relato.

Si bien en esta novela leeremos micropoemas, frases de autores célebres y microcuentos, el tono poético es el protagonista, pues es solo ante el extrañamiento que produce la función poética que la poeta/narradora puede transmitir las sensaciones del presente de su escritura, presente que tiene una pátina de duelo y también de catarsis. El lector deberá detenerse con detalle entre el espacio en blanco de la página y el renglón de la oración; demorarse en la lectura, ya que en su poesía se condensan temas filosóficos profundos, propios de

una subjetividad posmoderna. Por otro lado, la no organización en capítulos hace que este álbum de recuerdos y emociones se delimite con pasajes sueltos o campos de sentido, que se van ligando para dar armazón al relato íntimo. Un texto que desarrolla las diversas e importantes etapas de una mujer: la infancia, la pubertad, la juventud y, finalmente, la madurez. Aunque es la infancia la que impregna buena parte de la narración: “En la escena de la infancia, está el mundo. En la de la escritura, también” (p. 35).

En la etapa de juventud encontraremos pequeñas escenas de la militancia universitaria en el contexto de la Argentina de los setenta, que nos muestran otra faceta de la autora, la participación política y las descripciones del ambiente social de dicha época: “Estoy demasiado asustada, por la beba y por los compañeros muertos, tanto armamento incautado, tanta desinformación” (p. 80), dan paso a otros tópicos de esta novela: el exilio, la distancia y los silencios; el reinventarse como persona y como mujer. Encontrarse a sí misma desde lejos, en la ausencia, en la maternidad, pero también en las calles de New York. Ingresa así la crónica citadina desde la mirada del migrante, a la belleza que se desprende de las tonalidades y de los opuestos. La escritura de la distancia, del no-lugar y el ramillete de cartas entre madre e hija, epístolas que se evaden y reprochan. Todo narrado simultáneamente en un tono reflexivo y melancólico.

La situación de migrante aporta experiencias que durante diez años alimentan a nuestra escritora, y que se verán reflejadas en su poesía. En las 146 páginas que componen esta narración, las ciudades son espacios en tránsito, y se describen –con ojo de *flâneur*– como lugares de refugio, pero sin arraigo. Hay, entonces, una ambigüedad en el “echar raíces”, como si no existiera un espacio al cual llamar propio, y en su lugar, un ir y venir en círculos. Además de esto, la estrecha relación con la muerte es el brazo que tensa la cuerda narrativa para que la flecha del recuerdo y de la muerte den en el blanco. El objetivo apunta a la escritura, pero también al efecto que se genera en los lectores de *El Corazón del daño*. Desde instrucciones para escribir un *réquiem*, hasta la ausencia de vida en ambos cuerpos: el de Isabel al partir, y el de María que recuerda: “Ahora vendrá lo peor. La pelea, a cuerpo abierto, con el significativo ausente” (p. 139).

En este relato los lectores encontrarán las secuelas que puede dejar la vida en el corazón de una persona, sea este el de Isabel, sea este el de la narradora. Todas las fibras sensibles de una mujer escritora como María Negróni se vuelcan en este ejemplar. Reflexiones que depuran los recuerdos dolorosos, pero también que impulsan a la escritura como catarsis, como guía

y como salvación. Dejar planteados en esta los temores y las palabras que se quisieron decir, pero no hubo tiempo, es un mensaje de perdón, de compasión y de amor profundo. A través de la lectura de este libro resonarán siempre los corazones de las madres que partieron. Pero también, de todos los lectores que deseen explorar y conocer la manera en la cual los recuerdos dolorosos atraviesan el cuerpo de quien escribe, y así, acceder a la trastienda de la escritura, y a los desafíos que implica querer dar realidad enunciativa a aquello que por dentro oscurece.